

A LA AMERICA POBRE: MENSAJE FRANCISCANO DESDE PARAGUAY

POR

ERNESTO GIMENEZ CABALLERO

CHARITAS

La Orden Franciscana ha inaugurado en Asunción modernísimas escuelas. Junto a su gran emisora de radio «Charitas». Y frente a su popular oratorio y su convento, calle Luis Alberto de Herrera.

La ceremonia fué sencilla, franciscanísima: una música, unas palabras, un poco de sidra española. Y todo bajo el Hermano Sol y el Hermano Aire de la mañanita asuncení.

—Padre, ¿cuántos franciscanos hay ya en Paraguay?

—Una veintena.

—¿Mucho vasco?

—Sigue la tradición. Pero...

—¿Y casas?

—Pues... el Leprocomio de Sapucaí, el Seminario de Villarrica, ¡ah!, y en Caaguazú; y las Misioneras de María aquí, en Asunción, y las del kilómetro 6... Y en Ypané y en...; bueno, ¿y por qué me lo pregunta ahora con esta prisa?

—Pues porque estoy recordando aquella parábola del Evangelio que tanto gustaba a Dostoyewsky, el ruso de alma franciscana: «Si el grano de trigo que cae en tierra no muere, quedará solo. Pero si se muere, se multiplicará...» Estoy recordando, Padre, el misterio de la historia franciscana en Paraguay.

SAN FRANCISCO Y LENIN

Porque este refloramiento del franciscanismo en Paraguay es un misterio que sólo puede explicarse con otro semejante: el de la actual reivindicación jesuítica. Como si Paraguay sintiese más que ninguna otra tierra de América —al fin, su corazón— el peligro inminente de lo que avanza antagónico e inexorable: el *Odio* soviético (frente al *Amor* franciscano) y el *Trabajo como condena*, sin esperanza del comunista (frente al *Trabajo como salvación*, de aquellas Reducciones de Jesús, hoy empezadas a descifrar y a actualizar). «Debemos odiar —exigía Lenin— porque el Odio es la base del Comunismo. Se debe enseñar al niño a odiar, a odiar incluso a sus padres

si no son comunistas; y si lo son, entonces no necesitan respetarles ni preocuparse más de ellos. Los niños deberían estar presentes en fusilamientos y regocijarse con la muerte de los enemigos.» Exactamente lo contrario de aquello que exigiera el de Asís, siguiendo a San Juan: «¡Amemos! ¡Porque Cristo nos amó! Amor es Caridad...» De ahí que las escuelas franciscanas inauguradas en Asunción se llamen de «Charitas». O escuelas de Amor. Francisco frente a Lenin, en Paraguay.

POBREZA, DULZURA, LENGUA NATIVA

Ya lo he afirmado más de una vez: la obra de España en América no fué una colonización, sino una *misionalización*. Y los órganos de esa salvación americana, tres esenciales Ordenes: la Franciscana, que enseñó a Amar a América; la Dominica, que la enseñó a Hablar y ser Libre, y la Ignaciana, que la enseñó a Trabajar con alegría y gobernarse sin revoluciones.

La Orden Franciscana estuvo unida a la salvación americana desde antes ya de emprender España tal salvación, desde antes del mismo Descubrimiento. Fueron los Franciscanos quienes vieron en la Rábida que Colón no era un loco y le ayudaron. Fueron Franciscanos los primeros religiosos que Colón pasó a América. Y los que ya se instalaron en La Española por 1502. Y en Méjico por 1523. Y en Perú por 1532... Y en todas las partes de América, hasta fundar más de 600 misiones. Y entre ellas las del Plata. Que, según los Informes del Consejo de Indias por 1780, comprendía 60 pueblos, y de ellos, la mitad en Paraguay.

A Paraguay arribaron los primeros Seráficos con la expedición de don Pedro de Mendoza. Desde 1537 los Franciscanos misionaron en aquel Paraguay gigante, en cuyas riberas oceánicas dejaron el nombre de «San Francisco» para el puerto de los Patos. Fundando las prístinas doctrinas, asistidas por almas que dieron santos, mártires, maravillosos prelados. Y pueblos como Yaguarón, Itá, Atyrá, Los Altos, Itapé, Pirayú, Yuty, Caazapá, Ypacaraí, entre otros. Y dos conventos: el Grande de Asunción (la actual Recoleta) y otro más pequeño, que sustentaron noviciados, hospitales, escuelas. Y sobre todo, «fraternidades», enseñando al indio el sentido de hermandad, hasta el punto de que todavía en Méjico, en el revolucionario Méjico, el pueblo se llama entre sí, franciscanamente, *manito* (hermanito). Porque la obra más salvadora —y más desconocida— del franciscanismo en América (que continuaría la Compañía de Jesús, especialmente en Paraguay) fué la de *cristianizar* el innato instinto colectivista, anti-

individual y, si queréis, comunista del indígena americano, procedente de su raíz asiática u oriental, que habría de irrumpir —de nuevo— con el nombre de «indigenismo», apenas se desterrara a España de América y, con ella, su misión cristianizadora.

Si los Jesuítas fueron expulsados de Paraguay en 1767, los Franciscanos (que protegieron lo mejor que pudieron el legado jesuíta) quedaron proscritos desde el Decreto del doctor Francia el 20 de septiembre de 1824, «porque no podían reputarse ya necesarios ni útiles». Sus bibliotecas y archivos, dispersados y perdidos. Ellos, secularizados, exiliados, encarcelados. Pero la semilla franciscana había arraigado y ya no podía morir. Sino un día, tras medio siglo, reflorcer, multiplicarse, pasada la catástrofe de 1870. Por 1882. Con la llegada de religiosos de Tierra Santa, como el P. Francisco Javier María González, un gallego de Compostela que vino de Palestina y se alojó de caridad en una casa mientras la Orden volvía a poseer una propia, en los terrenos donde hoy se levanta el oratorio, calle Luis Alberto de Herrera, comprados por 1892. En 1923, la provincia rioplatense se encargó de esta —hasta este instante— Comisaría de Tierra Santa.

Y de 1923 a hoy, ¡qué florear día a día! ¡Qué afluir del pueblo a sus misas, sus sermones, sus fiestas, su radio y su enseñanza!

Y es que el método de los Hermanos Menores sigue siendo el mismo que aconsejara el P. Bernardo de Armenta en los orígenes de la misión paraguaya: «pobreza», «dulzura» y «lengua nativa». (El guaraní, salvado por los Franciscanos de su irremediable descomposición y pérdida, como les pasó a tantas otras hablas americanas.)

LOS CUATRO SÍMBOLOS

¿Qué debe el Paraguay al franciscanismo? No tendría para pagar esa deuda si sólo quisiera hacerlo en la vil moneda de que hablara aquella «Florequilla» exaltadora de la santa pobreza: «Un frailecito compañero del santo, habiendo encontrado una moneda, la colocó sobre el altar. Al enterarse el de Asís, le puso como penitencia que tomara el dinero con la boca como las bestias y lo arrojara fuera del sacro recinto, sobre un montón de estiércol.»

¡Difícil enumerar lo que el Paraguay debe al franciscanismo! Pero si pudiera sintetizarse, yo lo haría en estos cuatro símbolos: «un santo», «un mártir», «un prelado», «un templo».

Símbolos que, a su vez, se podrían cifrar —hoy— en todo un «mensaje a América»: a la América Pobre. A la que empieza a desesperarse (incomprendida, sometida a discriminación y con el vergonzante nombre de «subdesarrollada»). La América Pobre. La que está

a punto de volver a su colectivismo indigenista, como incita en estos días desde La Habana Fidel Castro, proclamando la frustración del Liberalismo burgués e individualista, el fracaso de la Democracia occidental para la América hispánica.

Por eso resulta actualísimo recordar al pueblo paraguayo —y a los demás de América— lo que aquí significó el franciscanismo como «solución de Amor». A través de un santo, de un mártir, de un prelado y de un templo.

EL SANTO

El santo —santo en su leyenda de oro y un día no lejano en los altares—, *Fray Luis de Bolaños*.

Beatísimos, adorables franciscanos hubo aquí muchos. Así: Fray Alonso de Buenaventura, andaluz, del que se cuenta anduvo más de mil leguas «sacando de los montes» a los más terribles indios y convirtiéndoles en criaturas apacibles. Un Fray Gabriel de la Anunciación, criollo, hijo de Alonso de Riquelme, que acompañó a Hernandarias hasta la Patagonia para desvanecer la quimera de una ciudad áurea, la legendaria de los césares. Un Fray Alonso de la Torre, marchenero y gracioso, del que afirma Barco Centenera le vió sucumbir de cansancio en la selva y luego resucitar. Un Fray Juan de Escobar, que murió de ochenta y cuatro años y era tan ingenuo que el santo Bolaños le llamaba «su niño». Un Fray Gregorio de Osuna, de la paraguaya Santa Fe —pues Santa Fe la fundó Paraguay— y a quien los indios no permitieron se lo llevaran a otras tierras, exigiendo al Superior: «Payguasú, o llevarnos con el Padre o dexarlo.» Un Fray Luis Gómez, otro andaluz, «el Obediente», capaz de reducir a los más irreductibles indígenas. Un Fray Antonio de Arredondo, muerto a fines del xvii y cuyo olor beatífico aún trascendía en el xviii, cuando se exhumaron sus reliquias en Yuty... Tantos, tantos otros. Pero ningún Hermano Menor como el «Gran Misionero del Evangelio», sólo comparable al santo Fray Francisco Solano. Fray Luis de Bolaños, andaluz de Marchena, nacido por 1549, dos años después de Cervantes —no tocaba el violín como Solano, pero hacía vibrar las cuerdas del alma india con sus caricias y su dulzura de voz y trato.

Vino a Asunción hacia 1575 con la expedición de Ortiz de Zárate, y entregó al Paraguay los cincuenta y cuatro años que aquí vivió.

De Bolaños se podrían escribir no ya libros —como el pío y minucioso de Rómulo D. Carbia (Buenos Aires, 1929), sino hasta una biblioteca. Pero bástenos recordar ahora sus tres portentos mayores: el detener con la plegaria una espantosa inundación del lago Ypac-

raí; el hacer brotar agua de un secadal, «el Pozo de Bolaños», milagro que convirtió a millares de nativos, y el salvar la lengua guaraní con su «Catecismo», que se hizo clásico, traduciendo por vez primera al «avañeé»: la Persignación, el Padre Nuestro, el Ave María, el Credo, los Mandamientos y la Confesión general. (Luego, el jesuita Beato Roque González añadiría los Artículos de la Fe y la Salve.)

Bolaños murió en Buenos Aires —11 de octubre de 1629— y fué enterrado en la iglesia de San Francisco. Pero sus cenizas un día deberían trasladarse aquí procesionalmente, como quizá, muy en breve, se haga con el corazón del Beato Roque González en este su 350 centenario que ahora celebramos.

EL MÁRTIR

Si la figura de Fray Luis de Bolaños constituyó el símbolo de una santidad que unificó a paraguayos, uruguayos y argentinos en una sola fe y en una sola lengua —sin más democracia que la auténticamente viva, personal —popular— del Cristianismo, ni otra federalidad que la del corazón—, el emblema del mártir franciscano es el de un *Fray Juan de San Bernardo*.

Cierto que hubo otro anterior, un protomártir, un anónimo frailecito cantado por Barco Centenera, en los orígenes de 1537: «seráfico Francisco—ha merecido un hijo suyo palma de victoria». Rezando, le asaetearon por detrás los indios, los agaces. Y su alma, al volar, iluminó el cielo.

Pero fué Fray Juan de San Bernardo, gran «lengua» o intérprete, al que, en su ardor de cristianizar los indios de Caazapá, le cautivaron los Cababayues, quitándole el caballo, despojándole del hábito, maniatándole y arrastrándole hasta Yaguaperé, donde el hechicero de la tribu le azotó y apaleó y después le ahorcó lentamente hasta romperle la nuca (como flechado en la nuca muriera el protomártir de Centenera y desnucados con piedras el Beato Roque y sus compañeros). Pero Fray Juan de San Bernardo, en su agonía, no dejó de sonreír y de hablarles de la misericordia de Dios a los indios. Y se cuenta que, aunque tronchado el cuello, prosiguió predicando dulcemente. Y tanto enfureció tal milagro al hechicero o payé, que descolgó a Fray Juan y le sacó el corazón, arrojándolo a una hoguera. Mas el corazón saltaba en el fuego, como hablando todavía. Hasta que, al fin, lo enterraron profundamente, allá por 1592. Y así debió suceder, porque el Padre Bolaños, a muchas leguas de distancia, al presentir, al escuchar esa agonía, mandó celebrar una alegre fiesta por muerte tan santísima. Y cuando al cabo de los años, por 1624, los doctrineros

franciscanos quisieron encontrar el lugar del martirio, sólo pudieron hallarlo al descubrir una rara flor que aromaba el aire de la selva toda: el corazón de Fray Juan, bajo esa flor, enterrado.

EL PRELADO

Si el *santo* franciscano en Paraguay lo simbolizó *Bolaños* y el *mártir* *Fray Juan de San Bernardo*, el *prelado* *Fray Martín Ignacio de Loyola*, la Orden Seráfica dió a Paraguay once obispos. De ellos, dos no llegaron a episcopar. El inicial, Fray Juan de Barrios, 1547, por temporales en la mar hubo de regresar a España, marchando luego a Santa Marta. Y Fray Juan del Campo, por renunciar a la sede de Asunción desde Perú. Otros tres obispos tuvieron mala fortuna política. Fray Pedro Fernández de la Torre, de Ubeda, que chocó con el Gobernador de Cáceres. Fray Bernardino de Cárdenas —quizá por ser boliviano (del alto Perú) no entendió al Paraguay y provocó conflictos emancipadores, en cierto modo, de los futuros del Chaco—. Y otro peruano, Fray José Cayetano Paravicino, tuvo también disgustos y expulsiones. Para remediar tales infortunios, la Orden supo encontrar, en seguida, otros tres prelados pacificadores y dulcísimos. El guipuzcoano Fray Martín Ignacio de Loyola, tras Fray Pedro Fernández de la Torre. El también de Guipúzcoa Fray Gabriel de Guilestegui, tras Cárdenas. Y Fray Luis de Velasco, tras Paravicino.

Los otros tres obispos restantes —de los once— quedaron adscritos al rango doloroso y cristianísimo de la persecución. Fray José de Palos, valenciano, que hubo de padecer la revolución comunera, muriendo en 1738, dicen que de pena y angustia. Fray Pedro García de Panés, malagueño, llamado el Obispo mártir, que afrontó la saña laica del doctor Francia. Y el paraguayo Fray Benito Antonio López, las intervenciones excesivas de su hermano Carlos Antonio en la estatificación del país.

Pero la figura correspondiente, en la prelación, a la de un Bolaños en la santidad y a la de un Fray Juan de San Bernardo en el martirio, fué la de aquel obispo —aún no bien estudiado y que merece un monumento cuando Paraguay pueda levantarle a sus hombres universales—: *Fray Martín Ignacio de Loyola*.

Sobrino de San Ignacio y Obispo de San Francisco: alma genial que hizo posible la *universalidad* de las misiones católicas en el Plata.

Poseyó del franciscanismo el amor al indio y a la pobreza («no admitía ni cera ni viandas»). Y del loyolismo, la férrea voluntad organizativa.

El, quien hizo de la Compañía de Jesús la colaboradora, continuadora y consolidadora de las reducciones franciscanas. Para lo cual defendió, ante todo, al portentoso paraguayo Hernandarias, el primer Gobernador criollo de América, aconsejándole el establecimiento de los Jesuítas. Después elevó a texto clásico y oficial el «Catecismo» de Bolaños para la catequesis, salvando la lengua guaraní hasta hoy, al celebrar un Sínodo del 6 de octubre al 2 de diciembre de 1603, donde se fijó su uso, así como el de las constituciones, doctrinas, sacramentos, fiestas y costumbres. Fundó el hospital de la Caridad. Y la cofradía de la Pía Unión de la Purísima (hospitalidad y culto a la Inmaculada: los dos grandes rasgos del alma paraguaya).

Amor y voluntad. Franciscanismo y loyolismo. Unificación de las dos Ordenes religiosas en el mismo fin misional. Eso significó Fray Martín Ignacio de Loyola, a quien Paraguay, España, América (y la Humanidad) deben loores. Aún no satisfechos.

EL TEMPLO

Y esa obra, casi desconocida, pero prodigiosa, es la que se refleja en el cuarto símbolo del franciscanismo paraguayo: *templo de Yaguarón*. El más misterioso y revelador de cuantos quedan en el país.

La doctrina de Yaguarón (así como la de Itá) fué fundada por Fray Alonso de Buenaventura y Fray Luis de Bolaños hacia 1585. Y cuyo templo se construyó, tal vez sobre otro anterior, hacia 1680.

Pues bien: la maravilla de ese templo, aparte de otras, es que representa la fusión de franciscanismo y jesuitismo.

Si los Franciscanos influyeron, inicialmente, en las misiones jesuítas —ya en el XVII—, los Jesuítas sobre los Franciscanos.

El franciscanismo de ese templo se adivina, ante todo, en su *sencillez* basilical y en la *pobreza* de sus fachadas. Y además, en su Patrono, San Buenaventura. Y en el tipo de campanil a la itálica, a lo Assisi: atalaya o torre —exenta— de madera. Y se adivina el franciscanismo del templo de Yaguarón también en el color suavísimo de la decoración —verde, viola, rosa, gris—. Y en el amor tan franciscano a la Naturaleza, esculpiendo flores paraguayas como el amambay y el mburucuyá, junto a rosas y margaritas. Y querubines en las ménsulas.

Y junto a ese franciscanismo —fundido ya y dominante—, el poderoso Barroco jesuíta. Barroco en el artesonado —de par y nudillo—. En las bóvedas, en el deslumbrante retablo, en el coro y en los confesonarios; en la deliciosa sacristía, con su altar de cajonería y su Cristo de ejercicio espiritual; en púlpitos de copa con cariátide y un Sansón.

Y en tallas de la Purísima —¡oh, Murillo!— y dos santos de auto sacramental. Templo que recuerda, en su Barroco, no ya a otros jesuitas de Paraguay, como San Ignacio Guazú, San Cosme y Santa María, sino a los ecuatorianos, al más puro arte quiteño.

Este templo de Yaguarón es el símbolo de la «continuidad misional» que algunos preladados, por su política temporal, estuvieron a punto de romper. Es la comunión mística de lo franciscano y lo jesuíta a la mayor gloria de Dios. Y una advertencia de unción, humildad, gracia y fuerza. Todo un mensaje. El mensaje a la América Pobre desde Paraguay.

EL MENSAJE

O mejor dicho: mensaje a la América Rica. A la que no termina de comprender esta América Pobre. Esta América Pobre que dejó un día de serlo —es decir, bárbara—, cuando el Cristo de Francisco y de Ignacio le creó aquellas verdaderas riquezas que aún destellan desde la iglesita de Yaguarón. Cuando la España misionera de Francisco e Ignacio acariciaba al nativo, compartía su vida y vivía su muerte, le edificaba un alma, no le ofendía con viles monedas, le defendía su nación y le aseguraba eternidad. Cuando Paraguay llegó a ser la tierra, ¿subdesarrollada?, ¡la más superdotada de América para la felicidad! Pues el trabajo se le hacía canción y fiesta. Y el tuyo y el mío, la propiedad: amor.

Mensaje arcanísimo de la América Pobre a la América Rica, este de Paraguay, a través de sus misiones franciscanas y loyolanas, sintetizadas en Yaguarón.

Mensaje que si no entiende y remedia pronto la América Rica, esta América Pobre regresará a donde salió: al colectivismo cruel del instinto aborigen, al comunismo radical que le vuelve a ascender por sus raíces secretas.

Si con tanta democracia abstracta, teórica e impuesta, llega a extinguirse la luz del Cristo de Francisco y Loyola —la obra de España— en esta América Pobre, no será para implantarse en ella un imposible: el ídolo de la América Rica, la vil moneda. Sino eso con que desde el Caribe ya se amenaza certeramente: el saetazo en la nuca.

Asunción, 14 de marzo de 1960.